

A.C.N. DE P.

AÑO XIX

Madrid, 1 de noviembre de 1943

NUM. 318

IMPORTANCIA Y TRASCENDENCIA DE LA RAMA DE HOMBRES DE A. C.

Conferencia pronunciada por el Presidente del Consejo Superior, don Cirilo Tornos, en el Círculo de Estudios del Centro de Madrid

Don Fernando MARTIN-SANCHEZ JULIA: Tenemos hoy el gusto y nos cabe el honor de que venga a ser ponente de nuestro Círculo de Estudios don Cirilo Tornos, presidente de la Rama de Hombres de Acción Católica, dos veces confirmado en su cargo y en el anejo de vocal de la Junta Técnica Nacional de la Acción Católica Española por nombramientos personales, primero, del Cardenal Gomá y luego del señor Arzobispo de Toledo, el actual doctor Pla y Deniel.

Rompiendo mi costumbre hoy no voy a presentar a don Cirilo, porque vosotros tendríais que decirme: Pero bueno, ¿quién presenta a quién? No cabe duda que don Cirilo, en el campo católico y en el ambiente general de España, es harto más conocido que yo. Por tanto, sólo me voy a limitar a recordaros unos datos personales de don Cirilo, que, como sabéis, es abogado del Estado desde su edad juvenil, aunque luego ha estado excedente; quizá uno de los primeros bufetes de España, presidente que fué de los Padres de Familia. Y hombre de valor. A veces parece que el Derecho impide la actitud gallarda, pero en este caso no fué así, pues Tornos durante la República fué el abogado de la perseguida Compañía de Jesús. Don Cirilo, tiene usted la palabra.

Don Cirilo TORNOS: Vengo a este Círculo de Estudios verdaderamente abrumado, porque la invitación que para acudir a él amablemente se me ha hecho constituye una atención y una prueba de especial consideración que estoy muy lejos de merecer. Además sube de punto la preocupación que siento al dirigiros la palabra pensando que la invitación que se me ha hecho no es para mí, sino que es para la Obra grande, grandísima, hermosa, que no tiene más que una desgracia: la de tenerme a mí por presidente de la Rama de sus Hombres. Pero ocupó ese cargo por obediencia que debemos los católicos a la jerarquía, y como al desempeñarlo obedezco y hago en él cuanto puedo y me permiten mis abrumadoras ocupaciones, con este pensamiento tranquilo mi conciencia y encuentro en él fuerza para superar las dificultades que en actuaciones como las de hoy me ha-

cen sentirme aún más pequeño de lo que soy y de lo poco o nada que personalmente significo.

Acogida a la institución

Me veo en este Círculo de Estudios creo que por segunda o tercera vez y me encuentro entre vosotros con verdadera satisfacción y alegría porque, aunque no formo parte de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, he tenido siempre mi corazón muy sinceramente con ella. Recuerdo que hace ya muchos años que vine aquí por invitación del Centro de Madrid a instancia de mi fraternal amigo don Angel Herrera. Cuando yo después de largos años le volví a ver en el pasado tuve con él un largo rato de conversación, que fué para mí una gran alegría de mi vida. No sólo recordaba mis tiempos de juventud, sino momentos de lucha en que fuimos juntos y laboramos unidos, precisamente en aquellos instantes difíciles a que aludía ahora nuestro querido Presidente. Por tanto, permitidme que os diga con toda verdad que me encuentro entre vosotros como en mi casa y como en mi casa os voy a hablar con palabra sencilla, aunque con todo el peso y responsabilidad que supone el que sea la palabra del Presidente de los Hombres de Acción Católica. Los Hombres de Acción Católica, cuando hablamos como tales, tenemos una gran ventaja en nuestra actuación. No tenemos que crear ideas, sino simplemente que repetir ideas. La Acción Católica es, como sabéis todos, la participación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia, y si somos seglares llamados por la jerarquía para participar en el apostolado, no tenemos que decir sino lo que la jerarquía nos manda. El seglar en materia religiosa es siempre un aprendiz, y en tal calidad, un repetidor de lo que la jerarquía quiere que diga.

Mi labor, pues, va a ser muy sencilla. Yo no voy a decir nada nuevo ni que no sepáis vosotros. Voy a limitarme a expresar unas ideas, pensando unas veces y leyendo otras, siempre entresacadas de las augustas palabras de los Pontífices, que han puntualizado perfectamente con toda su soberana auto-

ridad la importancia de la Acción Católica y la preeminencia de la Rama de los Hombres por razón de la labor que dentro de la Obra a éstos corresponde.

La Acción Católica lleva bastantes años de vida en España. Fué ilustre presidente de la Obra don Angel Herrera. Y ahora, ya en marcha las Ramas femeninas y la de los Jóvenes, está la de Hombres, en una faceta definitiva de organización. Quizá sea la más difícil de implantar por algo que a ninguno se oculta. La Rama de Jóvenes actúa con brios y con evidente eficacia desde hace muchos años y en ella se efectúa fundamentalmente la labor de formación, por lo que cuando los componentes de esa Rama pasen a nutrir la de Hombres ésta seguramente tendrá una vida espléndida, como constituida por hombres que antes de su ingreso en ella estarán sólidamente formados. Pero cuando se trata, como ahora, de constituir la Rama de Hombres de Acción Católica llamando a la misma a hombres que en gran parte no han pasado por la Rama de Jóvenes, se encuentra, si no una resistencia, una lógica dificultad hasta en los buenos católicos no suficientemente preparados para el trabajo de apostolado, propio y característico de la Acción Católica. Muchos son los buenos católicos que no comprenden bien lo que es la Acción Católica y la necesidad ineludible de atender al llamamiento de la Iglesia, que quiere que los buenos católicos actúen en ella.

De esto se convencerán cuando estén convencidos de la importancia de nuestra obra; y de aquí que no sea trivial sino interesantísimo hablar de la importancia y de la preeminencia de la Rama de los Hombres de Acción Católica, para lo cual forzoso es hablar antes de la importancia de la Acción Católica.

Importancia de la Acción Católica

Ninguno de vosotros puede desconocerla ni la desconoce. Porque si la Acción Católica es una participación de los seglares en el Apostolado Jerárquico de la Iglesia, con sólo decir esto basta evidentemente para que los ca-

tólicas reconozcan, si están bien formados, su importancia innegable. Pero si esto se dice así simplemente, quizá no lleve el convencimiento al ánimo de todos, y continúen muchos remisos a entrar en la organización por no calibrar bien la importancia de la misma. Hay otras organizaciones en el campo católico que hacen acción católica en general, mucho más antiguas que la Acción Católica en su sentido estricto a que me estoy refiriendo, entre ellas, y en lugar preeminente, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. La Acción Católica se organizó no viniendo a un solar absolutamente vacío de obras católicas sino en momentos en que hacía muchísimos años actuaban ya en el campo católico numerosas asociaciones. Y es por esto que pueden muchos preguntarse, ¿y por qué constituir la Acción Católica? ¿No hacen ya labor de Acción Católica todas esas otras Obras anteriores? ¿No es suficiente esto? El Romano Pontífice ha dicho que no, y lo ha dicho cuando El ha ordenado la organización de la Acción Católica. Ciertamente que no quiere significar esto que haya de prescindirse de ninguna Obra Católica de las existentes; al contrario, el Romano Pontífice en una carta creo que dirigida al clero filipino decía que todas estas Obras católicas que vienen actuando hace tantos años son florerones preciados de la Acción Católica, Obras auxiliares de la Acción Católica, que han de coordinarse con ella, y así se debe actuar y se está actuando. Pero la Acción Católica no es propiamente el conjunto de todas estas otras Obras católicas. Tiene una nota específica que es la organización, y la necesidad de ésta es muy fácil de entender. Si la Acción Católica es la participación secular en el Apostolado Jerárquico de la Iglesia, bien se expresa con estas palabras que ha de tener forzosamente una organización semejante a la de la Jerarquía, ha de estar constituida en planos a los de la Jerarquía equivalentes. Nosotros los Hombres de Acción Católica somos hombres que hemos de estar dispuestos al llamamiento de la Jerarquía. Y desde el momento en que la Jerarquía de la Iglesia está organizada sobre una base episcopal y parroquial, notoriamente es precisa una organización diocesana y una organización parroquial en la Acción Católica. Cada vez se dibuja más la organización en el mundo de las fuerzas del mal, y, claro está, que contra una fuerza organizada, los católicos hemos de luchar con otra fuerza organizada también. Si así no lo hiciéramos, humanamente pensando la derrota sería más que probable, porque si un ejército lucha contra una mesnada muy probablemente vence. Los escuadrones del mal, a que ya aludía Su Santidad León XII, de imperecedera memoria, requieren frente a ellos los escuadrones del bien; y si éstos han de responder al llamamiento de la Jerarquía tienen por fuerza que tener para su eficacia una organización diocesana y una organización parroquial.

No prescindo con esto de la Organización Nacional, lo cual sería imperdonable en mí como presidente del Consejo Superior. Pero es que he de reconocer que la Organización Nacional responde a otra idea porque no es una organización propiamente de la Iglesia. La Iglesia es universal, y por tanto, dentro de ella no hay organizaciones nacionales. Lo que hay es que la Iglesia, con su característica gene-

rosidad y a impulso de su acendrado amor a los fieles, reconoce que las nacionalidades son una realidad que imprimen matices de tal modo relevantes que exigen una íntima unión de los nacionales para la actuación dentro de la nación respectiva, unión que no sería posible, o al menos fácil, si se prescindiera de ese indeleble carácter que imprime a los hombres el noble y excelso sentimiento de la Patria. A esta idea responden fundamentalmente los Organismos nacionales, y ellos han de saber responder con su manera de actuar al alto espíritu con que la Iglesia los ha constituido. Para ello han de actuar con singular y especial delicadeza, porque, no correspondiendo a ningún plano de la Jerarquía, su misión ha de ser la de señalar orientaciones, principios, posibles normas para que todos los españoles en Acción Católica realicen una labor en que presidan en todo lo posible la unidad y la armonía. Pero ciertamente que nada pueden imponer, ni se trata de esto. Cada Obispo en su diócesis es Pastor propio, dependiente de Romano Pontífice y, por tanto, esas orientaciones, esos principios que persiguen la buena finalidad de que todos los españoles dentro de la Acción Católica marchen unidos y vibren juntos, han de quedar siempre sometidos a las disposiciones, dentro de sus respectivas diócesis, del Pastor propio.

Misión de los organismos nacionales

Resulta, pues, que en esencia la Acción Católica es una organización de seculares, aunque con la debida y preeminente intervención de los consiliarios, que por estar al servicio de la jerarquía ha de tener en cuenta a los grados o planos que la integran una organización semejante a la de ésta en lo fundamental. ¿Y por qué la importancia de esta organización?

La importancia de esta organización, como de toda cosa, depende en gran medida, a mi entender, de su necesidad, porque cuando hay algo que es necesario evidentemente que es importante. Por tanto, si a los católicos les demostramos que la obra de Acción Católica es necesaria, evidentemente que de su necesidad, que es ineludible, surgirá su importancia y nadie al apreciar ésta podrá ser ya remiso para acudir al llamamiento de la Jerarquía. Claro está que para los católicos sumisos a los dictados de la Iglesia no habría que discurrir. Su Santidad es el que ha ordenado la constitución de la Acción Católica. Es repetida y calurosa la exhortación de Su Santidad para que se intensifiquen las huestes de la Acción Católica. Por consiguiente, no hay sino obedecer. Pero en fin, bueno es que la obediencia, para el que pueda ser remiso, se complete con una justificación, y esta es la que voy a hacer esta tarde pensando en dejar bien patente la importancia de la Rama de Hombres de la Acción Católica.

Finalidad de ésta es el reinado de Cristo en el mundo, y para ello los buenos católicos no pueden pensar sólo en salvarse cada uno a sí mismo, sino que han de pensar en la salvación de los demás. Es éste deber ineludible de caridad y es persiguiendo la consecución de esa finalidad que la Acción Católica se ha constituido. Hemos de estar al servicio de Dios, y lo estamos, porque nos lo dice la Iglesia, organizando e integrando la Acción Católica.

Pero ¿por qué ésta es necesaria? De-

cia al principio que es muy fácil discurrir a los Hombres de Acción Católica porque ellos, como seglares que coadyuvan a la labor de la Jerarquía y han de obedecerla ciegamente, no han de crear ninguna idea, sino que han de repetir ideas. Y yo, para demostrar la necesidad de la organización de la Acción Católica, sólo tengo que leer unas palabras de la conocida carta dirigida por Su Santidad Pío XI al Cardenal Segura que dice así: "Bien veis cómo son los tiempos en que vivimos y qué cosas se requieren de las Fuerzas Católicas. De una parte Nos lamentamos una sociedad cada vez más paganizada en que la luz de la fe católica languidece en las almas, y por consiguiente van oscureciéndose en ellas de modo verdaderamente temeroso el sentido cristiano, la pureza y la integridad de unas costumbres. De otra parte, nos aflige el hecho de que el clero, sea porque en algunos lugares es escaso en número, sea porque en muchas clases de personas refractarias a su influjo benéfico no puede hacer penetrar su voz por la fuerza de sus amonestaciones, es por desgracia insuficiente a la necesidad y a las deficiencias de nuestros tiempos. Es, por tanto, preciso que todos sean apóstoles, es necesario que el laicado católico no se esté ocioso, sino unido a la Jerarquía eclesiástica y que dispuesto a sus órdenes tome parte en las santas batallas, y con la plena dedicación de sí mismo, con la oración, con la acción voluntariosa, coopere al refloreamiento de la fe y a la reforma de las costumbres cristianas."

En párrafos tan breves como los leídos creo que está compendiado todo lo que va a ser contenido de mi disertación, porque pienso que en ellos están señalados todos los motivos que justifican la necesidad de la Acción Católica, necesidad de que es consecuencia su relevante importancia.

Necesidad de la Acción Católica

Dice Su Santidad al Cardenal Segura en la citada carta: "Nos lamentamos una sociedad cada vez más paganizada..." He aquí el primer motivo de la necesidad de nuestra obra. Nuestra sociedad, antes de la revolución francesa, estaba constituida sobre bases cristianas; pero la revolución, con sus nefastos principios, vino a tener como consecuencia el que se tratara de separar a la religión de todas las manifestaciones de la vida colectiva y se operaba una ciega descristianización en todos los ordenamientos políticos y sociales. Esta es una triste verdad que la realidad nos enseña, que nos patentiza la historia de todo el siglo XIX y de todo lo que va transcurrido del en que vivimos. Y si esto es así, y ello es lo que se refleja en las palabras de Su Santidad que señalan a la sociedad como cada vez más paganizada, hay que luchar contra esa paganización, y ello no puede hacerse eficazmente sino a través de una organización adecuada. Porque claro es que ese funesto laicismo que trató de relegar a la religión a un ámbito privado es un laicismo que lo penetró todo, la familia, la escuela, la cátedra, el ejército, los tribunales, la beneficencia, los organismos de la vida pública, la organización económica, todo absolutamente. Y frente a esa laicización de todos los ordenamientos políticos y sociales, la Jerarquía se colocó, como es lógico, en lucha denodada; y es natural, y se entiende perfectamente, que lle-

gara un momento en que, ante la fuerza y virulencia del mal, la Iglesia estimara precisa una organización que auxiliara activamente a la Jerarquía llevando a cabo un apostolado seglar. Nada de desdoblamiento de conciencias. Lucha abierta contra la nefasta distinción entre la vida privada y la pública del católico. Y es para la victoria en esta lucha trascendental que la Acción Católica debe formar espíritus tan exquisitamente cristianos, como dice la enciclica "Ubi Arcano Dei", que sepan en todo momento, en todas las situaciones de la vida privada y pública, encontrar o al menos entender bien y aplicar las soluciones cristianas de los múltiples problemas que en una u otra condición de vida se presentan.

Es, pues, por lo dicho, necesaria a todas luces la organización de los católicos en la Acción Católica. Esto no tiene más que una objeción: ¿Pero no actuaba antes sola la jerarquía contra las lacras de la sociedad? Es que la jerarquía podía actuar sola cuando no estaba tan paganizada; pero no cuando por el crecimiento de los males y por la insuficiencia en número del clero pueda no resultar bastante el apostolado de éste. Así lo dice la carta de Su Santidad al Cardenal Segura: "De otra parte, nos aflige el hecho de que el clero, sea porque en algunos lugares es escaso en número, sea porque en muchas clases de personas refractarias a su influjo benéfico no puede hacer penetrar su voz por la fuerza de sus amonestaciones, es, por desgracia, insuficiente a la necesidad y a las deficiencias de nuestros tiempos." De manera que el argumento de por qué no continúa actuando sola la jerarquía está claramente refutado. El clero es insuficiente en muchos lugares en número, porque así lo podemos apreciar todos, y además se da la particularidad de que ha disminuido el clero cuanto más se ha ampliado el campo de trabajo en que tiene que actuar, cuanto más paganizada iba estando la sociedad. Y claro está que esta insuficiencia de número obedece a la misma causa de paganización de la sociedad, porque si el laicismo trata de relegar a la religión a la categoría de negocio privado y penetra en la familia, es natural que en la familia, que es donde surgen y se crean y se conservan las vocaciones eclesísticas, éstas sean menos y, al descender su número, automáticamente descende el número de los sacerdotes. Conservando el mismo clero en número que en tiempos en que la sociedad no estaba tan paganizada podría ser acaso suficiente; pero desde el momento en que a la vez que el clero disminuye en número la sociedad está cada vez más paganizada, es evidente que la jerarquía, para actuar con fruto dentro de esa sociedad, ha tenido que reconocer tal insuficiencia en número del clero y, como consecuencia, estimar la necesidad de un apostolado seglar a las órdenes de la jerarquía, que es la misión que a la Acción Católica incumbe. De aquí no ya sólo la necesidad de ésta, sino su extraordinaria importancia.

Efectos del laicismo

Pero además de la insuficiencia en número, y esto aumenta más la necesidad del apostolado seglar coadyuvante de la jerarquía, Su Santidad en la repetida carta considera también insuficiente el clero, "porque en muchas

clases de personas refractarias a su influjo benéfico no puede hacer penetrar su voz por la fuerza de las amonestaciones". Es que el laicismo arranca o trata de arrancar de la cabeza del sacerdote la aureola de su dignidad verdaderamente excelsa, que es característica de la sociedad cristiana. Y cuando al sacerdote se le priva de esa aureola o se le merma es que hay un ejército del mal organizado por seglares que tienen una red enorme de prejuicios y al que hay que enfrentar otros seglares, buenos católicos y bien organizados, para que puedan penetrar en aquel círculo de acción, acaso impenetrable o de muy difícil acceso para el sacerdote por razón de los aludidos prejuicios entre esas personas a que Su Santidad alude calificándolas de refractarias al influjo benéfico del clero. He aquí bien perillada otra razón que patentiza, por ese ambiente de prejuicios demostrativo de la existencia de una organización de las fuerzas del mal frente al sacerdote, la insuficiencia del clero y la necesidad del casi sacerdote, que así merece denominarse el hombre seglar de Acción Católica.

Además hay que tener en cuenta que el sacerdote, por su especial y preeminente condición, tiene restricciones que no le permiten estar presente en todos los puntos estratégicos de la lucha. Son vastísimos los campos en que hay que actuar contra las fuerzas del mal. El campo de la ciencia, el de las letras, el de las artes, la escuela, la prensa, las costumbres, los tribunales, los ordenamientos políticos y sociales de toda índole, el mundo económico. ¿Y cómo va a estar y actuar eficazmente en todos estos campos el sacerdote? De modo que, en resumen, hay insuficiencia en número de clero, se observa la falta de posibilidad de que el clero eficazmente actúe cerca de los hombres que le reciben con fuertes prejuicios y resultan de enorme extensión y complejidad los campos en que hay que trabajar, por lo cual por mucho que multipliquen sus actividades los sacerdotes resulta la necesidad, a las órdenes de los mismos, o mejor dicho, de la jerarquía, de un apostolado seglar.

Pero, ¿no basta la acción de los católicos sin la organización de los mismos dentro de la Acción Católica? A esta pregunta contesto con otra: ¿Y por qué no basta una mesnada con palos contra un ejército con mandos y material adecuado? La nota específica más específica de la Acción Católica es la organización. Las fuerzas del mal están organizadas; esto es algo que no requiere demostración. Y, por consiguiente, la actuación aislada de los católicos, con ser benemérita, si no está organizada no es tampoco suficiente para la lucha planteada. Por esto la Iglesia quiere que la organización robusta de la Obra de Acción Católica, y por ello los desvelos de Su Santidad Pío XI, que son también los del Romano Pontífice felizmente reinante, por nuestra Obra son tan grandes y todos los conocéis: pues si Su Santidad Pío XI con persistente repetición insistió cerca de los católicos en la necesidad de organizar la Acción Católica, Su Santidad Pío XII tampoco desaprovecha ocasión para señalar, en términos análogos o semejantes a los de su antecesor, la importancia que la Acción Católica tiene.

Vamos ahora concretamente a lo que más nos interesa, a la Rama de Hombres de Acción Católica. ¿Por qué dentro de

Acción Católica la Rama de Hombres tiene relevante importancia y resulta en realidad preeminente?

Preeminencia de la Rama de los Hombres

Nuestro secretario general eclesialístico, monseñor Zacarías de Vizcarra, ha escrito una obra que muchos de vosotros todos conoceréis sobre la Acción Católica, para mí de extraordinaria valía. Es para España lo que el Civardi para Italia. Y hace una observación muy sagaz cuando habla de la organización de la Rama de Hombres, que considera la rama benjamina. Dice que es necesaria la Rama de Hombres porque mientras los hombres no actúan en la Acción Católica las fuerzas del mal, esto es, nuestros enemigos, pueden decir de la Acción Católica: "¡Bah! Esto es cosa de mujeres y de chicos." Y cuando actúan los hombres, claro está que queda destruido el argumento. La observación del señor Vizcarra es atinadísima, por que además es una observación que penetra por su sencillez y refleja una evidente realidad, ya que con relación a los ordenamientos políticos y sociales en que se infiltra o trata de infiltrar la paganización y el laicismo que es forzoso combatir denodadamente, no se puede considerar nunca de la misma eficacia la actividad que puedan tener los jóvenes y las mujeres que la actuación de los hombres.

No es que al hablar de la preeminencia de la Rama de Hombres de Acción Católica queramos los hombres disminuir la importancia de las demás Ramas. Pero lo que sí creo notorio es que debemos puntualizar bien para llevar al ánimo de los hombres la necesidad de actuar en Acción Católica, que la Rama más eficaz por el papel que el hombre desempeña en la familia, en la vida profesional y en la sociedad es la Rama de Hombres. Las dos Ramas de Jóvenes son fundamentalmente de formación, porque la Acción Católica, cuyo fin supremo es extender por el mundo el Reinado de Cristo, tiene un fin inmediato, que es medio, pero a la postre fin, cual es la formación de los que dentro de la Acción Católica actúan, y si es así resulta notorio que siendo lo primero la formación, los Jóvenes y las Jóvenes deban empezar por formarse. No significa ello que no les correspondía también una labor de apostolado. Pero sin que dejen de ejercer éste, las Ramas juveniles tienen preferentemente a su cargo la formación de los que van

Ejercicios espirituales

EN CARABANCHEL:

Del 4 al 9 de diciembre de 1943

Rvdo. P. Errandonea, S. J.

EN CHAMARTIN:

Del 19 al 24 de febrero 1944

Rvdo. P. Román, S. J.

a ser luego Hombres y Mujeres. En cambio la Rama de Hombres, a los cuales debe suponerse debidamente preparados y formados, aunque siempre tienen que completar su formación, ha de ejercer principalmente la función de Apostolado. Si coetáneamente han de cuidar los hombres de continuar formándose es porque el hombre, claro está que no todos piensan así, es un educando de por vida, y por tanto siempre tiene algo que aprender. En fin, en lo que no cabe duda es en que, dentro de una organización perfecta de la Acción Católica, las Ramas de los Jóvenes tienen principalmente como fin la formación y la Rama de Hombres el Apostolado, y ciertamente que lo que más interesa, lo que más frutos ha de producir, y por consiguiente lo más importante, es el Apostolado, porque si la necesidad de la Acción Católica responde a la necesidad de la lucha contra la paganización y el laicismo que ha penetrado en todos los ordenamientos sociales y políticos, evidentemente lo más trascendental que la Acción Católica tiene que realizar, una vez formados debidamente sus miembros, es la acción de Apostolado que nadie puede desempeñar como los hombres. Las mujeres tienen ciertamente su campo de acción propio, cuya importancia no es posible desconocer y cuya eficacia es notoria porque son muchos los momentos e incidencias de la vida en que puede recogerse mayor fruto hablando al corazón mejor que a la cabeza; pero repito que el campo de acción esencial, principal, por razón de la posición y de los derechos y deberes del hombre en la familia, en la vida profesional y en la sociedad es el que incumbe a la Rama de los Hombres, y por ello reputo indiscutible su preeminencia dentro de la Acción Católica.

Yo oí a nuestro Primado, en su discurso del teatro Fontalba dirigido a los Hombres de Acción Católica, algo de sumo interés para señalar la trascendencia de la actuación de los hombres como católicos. Decía que recordaba los tiempos de su juventud después de la revolución del año 1909 en Barcelona, en que tuvo ocasión de ir a Bélgica y de hablar con el insigne Cardenal Mercier de dicha revolución; y ese ilustre Cardenal hubo de manifestarle que para él tal revolución no había resultado una cosa sorprendente por inesperada, porque él había estado en España y al ir a las iglesias se había encontrado con que muchas veces estaban llenas, pero la mayor parte de los asistentes eran mujeres, y el Cardenal señalaba la importancia que a esto atribuía por razón de la mayor influencia de los hombres en el ejercicio del apostolado, y lo es ciertamente el del ejemplo. Sin duda esa observación se hacía de modo atinadísimo, y en relación con ella señalaba nuestro Primado que en Bélgica en las iglesias había menor concurrencia que en España, pero en cambio era poco más o menos la misma la asistencia de hombres que la de mujeres.

Formas de apostolado

Puntualicemos aún más y fijémonos en que el apostolado por los Hombres de Acción Católica se puede ejercer de dos modos que permiten hablar del apostolado de la palabra y del apostolado del ejemplo o del ambiente.

Pues bien, si el apostolado de la palabra incumbe en mayor medida a los hombres, el del ejemplo o del ambiente

por parte de los hombres tiene una trascendencia extraordinaria, y ello coloca a los hombres dentro de la Acción Católica en un plano de notoria preeminencia. ¿Por qué? Pues muy sencillo. Si contemplamos lo que son los fines particulares de la Acción Católica en los cuales puede desglosarse el fin supremo, no cabe la menor duda que queda perfectamente dibujada la aludida preeminencia. Me refiero al Tratado de Civardí, a que antes he aludido, en que se hace una enumeración muy concreta de los fines particulares de la Acción Católica; y con sólo leerla se aprecia indiscutiblemente que con relación a tales fines la actuación de los hombres es preeminente por más eficaz que otra alguna. Difusión de la cultura cristiana, cristianización de la familia, defensa de los derechos y de la libertad de la Iglesia, cooperación en el campo escolar, buena prensa, moralización de las costumbres, solución cristiana de la vida social, inspiración cristiana de toda la vida civil. ¿Qué duda cabe acerca de que las mujeres en estos campos tienen mucho que hacer! Pero tampoco cabe duda de que hay campos de exclusiva actuación de los hombres y de que en todos éstos es preeminente. Por ejemplo, en la cristianización de la familia no es discutible la mayor influencia del hombre por razón de la mayor influencia del padre en la esfera familiar. La madre es la que dirige a los niños en sus primeros años, la que forma su corazón. Mas cuando los hijos crecen, la conducta del padre con su ejemplo es generalmente la que más influye en el ánimo de aquéllos.

Acerca de esta materia deben los Hombres de Acción Católica tener siempre presente un discurso de S. S. Pio XII, de 20 de septiembre de 1942, con motivo del vigésimo aniversario de la constitución de la Acción Católica en Italia. Habló en él del influjo de la vida del Hombre de Acción Católica y de la Acción Católica externa señalando de modo concreto, como círculos concéntricos para su actuación, la familia, la profesión u oficio y el mundo externo o la sociedad en el más amplio sentido de la palabra. Pues bien, respecto de la actuación del hombre en la familia, que tanta importancia tiene para la cristianización no sólo de la familia, sino de la sociedad en general, se leen en ese discurso palabras tan interesantes como estas: "En la familia, ¿no sois vosotros los jefes? ¿No debe extenderse vuestra palabra, vuestra obra, vuestro impulso y vuestra guía más allá de la generación que sonríe en vuestro regazo, que crece con vuestro pan y vuestra instrucción, que bajo vuestra mirada vigilante y paterna se hace hoy adolescente para llegar a la madurez?"

El padre que vive, piensa, habla y obra en cristiano, aun cuando razone y trate de cosas e intereses de este mundo, ¿no se hace tal vez educador y maestro del hijo que le escucha, siendo padre una vez más no de su cuerpo, sino de su espíritu por aquella profunda eficacia que ejercita en su alma trasfundiéndole ese espíritu de su fe mejor que con los consejos y con las censuras?"

Ved cómo Su Santidad da una importancia extraordinaria a la actuación del hombre en la esfera familiar, uno de los tres círculos concéntricos en que ha de ejercitar su actuación el hombre de Acción Católica. Pero el hombre, además de tener una familia en la que

vive, ejerce una profesión u oficio. ¡Ah! Y ahí su campo de actuación es extensísimo; y es del hombre, fundamentalmente del hombre, porque él es, como hombre de Acción Católica, como buen católico, el que en el ejercicio profesional ha de salir al paso de esa peligrosa e impía teoría del desdoblamiento de conciencia, que permite pensar—claro está que los que así piensan no piensan en católico—que se puede ser católico en casa y anticatólico o indiferente en el ejercicio de la profesión. No; esto es absolutamente inadmisibles. Eso es, al fin y al cabo, el laicismo, que trata de relegar a la religión a la categoría de negocio privado; y el hombre de Acción Católica que actúa como tal no sólo en la familia, sino en ese otro círculo de los tres concéntricos que señala Su Santidad que es su vida profesional, ha de ejercer en esta materia frente a la idea de ese absurdo desdoblamiento el apostolado del ejemplo, que ejercido tiene que ser de eficacia extraordinaria. Porque el día que el hombre católico, pensando que hace acción católica, actúe como tal en su profesión, sin desmayos y con firmeza, y tengamos actuando así al mayor número de maestros, de catedráticos, de magistrados, de militares y de médicos; a los funcionarios, a los gobernantes y al legislador, evidentemente que el triunfo de la Iglesia sobre todas las fuerzas del mal será definitivo.

Y todo eso sólo lo puede hacer el hombre, porque aunque lo puede realizar la mujer es en una esfera mucho más limitada. Podrá decirse que esa actuación es de católicos, no de Acción Católica. El católico aislado, solo, sin organización, puede hacer eso. Evidentemente que sí, y hay muchos hombres que lo han hecho y lo vienen haciendo hace tiempo. Pero no cabe la menor duda de que ha de ser más eficaz actuar de tal modo dentro de una organización, pues el día en que todos los católicos, de acuerdo, debidamente encuadrados en la Acción Católica para responder bien a las normas de la Jerarquía, actúen en tal forma en su vida profesional con la palabra, con el ejemplo, con los actos, ¡ah!, no cabe duda de que la sociedad se habrá recristianizado.

No es, pues, orgullo en los hombres el recabar la preeminencia de su Rama, ya que, como se ha visto, con su ejemplo, con la autoridad que les corresponde dentro de la familia y por razón de su ministerio en los actuales ordenamientos sociales, tienen notoriamente la influencia más decisiva.

Esta acusada preeminencia es factor trascendental para recabar el convencimiento de los hombres católicos a fin de que vengan a nuestra Obra; y, si me lo permite el señor Presidente, voy a decir unas palabras respecto de esto. Ya sé que aquí hablo en un ambiente totalmente favorable. El 95 por 100 de los hombres que me escuchan serán seguramente Hombres de Acción Católica y por consiguiente nada tengo que decirles para ellos. Pero lo que yo quisiera es que ellos fueran diciendo lo que he expuesto a los que no están en Acción Católica. ¿Qué dificultades pueden tener los abstendidos? Seguramente la más fuerte es la de no estar penetrados de la necesidad e importancia de la Acción Católica. Y creo que acerca de ello he dicho lo más esencial para combatir semejante

dificultad, aunque podría decirse mucho más. Ahora, por ejemplo, recuerdo dos maravillosos discursos de Su Santidad Pío XII, referentes el uno al orden internacional y el otro al orden interno de las naciones, en que se señalan unos principios y unas doctrinas que son precisamente los hombres los llamados a estudiar y a perseguir su respeto, su implantación y su eficacia práctica en el orden interno y externo.

Llamamiento del Pontífice

A mí me impresionó de modo extraordinario el discurso de Su Santidad sobre materia internacional, discurso de enorme valor que sólo le es dable pronunciar al Romano Pontífice con su enorme autoridad y con su imparcialidad característica ante las luchas en que se controvirtieron intereses humanos, porque la Iglesia está sobre todos los Estados, al margen de ellos, pero sobre todos ellos. Las afirmaciones de Su Santidad, que todos recordaréis, rechazando la lesión de la libertad, de la integridad y de la seguridad de las naciones, cualquiera que sea su extensión territorial o su capacidad defensiva; rechazando la opresión abierta o solapada de las peculiaridades étnicas y lingüísticas de las minorías nacionales para impedir o disminuir su capacidad económica y para la limitación o abolición de su natural fecundidad; rechazando los estrechos cálculos egoístas que tienden a acaparar las fuentes económicas y las materias de uso común de modo que las naciones menos favorecidas por la Naturaleza queden excluidas; proscribiendo la guerra total y la desenfrenada carrera de armamentos y condenando toda persecución de la religión y de la Iglesia han de producir en todo el que las lea una impresión fuerte y emocionante. No voy a recordar todo el discurso, pero sí quiero señalar algo de gran trascendencia. Nosotros en España tenemos el orgullo de haber sido, con Vitoria y con Suárez, los fundadores del Derecho de gentes. Ahora la Humanidad está siendo víctima de una trágica catástrofe, al término de la cual, Dios quiera que esté próximo, llegará el momento del restablecimiento del orden nuevo. Y para ese momento España debe estar preparada y entre tanto los católicos españoles deben precisar una sólida doctrina católica en materia internacional, que no puede ser otra sino la doctrina del Romano Pontífice. Esta es, señores, actuación de los hombres, y actuación más eficaz si en lugar de ser aislada es fruto de una organización.

Si, por tanto, es evidente la necesidad de la organización de los católicos, esto es, de la Acción Católica, prácticamente también la organización ofrece toda suerte de ventajas. ¿No os parece que la organización anima, que se sale más convencido de la necesidad de una actuación cuando se reúnen y cambian impresiones los que han de actuar, que la actuación es más eficaz cuando responde a una idea uniforme?

Aun se podrá decir acaso por muchos que todo esto para el hombre es muy difícil, que la Acción Católica requiere mucho tiempo, que exige una singular preparación. Pues esta posible objeción la recoge también Su Santidad de modo maravilloso en ese discurso a la Acción Católica Italiana a que antes aludía, y por ello voy a terminar leyendo dos párrafos de tal discurso, porque creo que son absolutamente convincentes para

que el católico que dué en sí debe actuar aisladamente o dentro de la organización de la Acción Católica venga a nosotros, contribuyendo así a que se organice con solidez y eficacia para la lucha contra las fuerzas del mal el ejército de los buenos católicos.

Dice así Su Santidad en esos dos párrafos:

"También en la Acción Apostólica externa cada uno de vosotros puede mucho, incomparablemente más de lo que tal vez cree. A todos vosotros nos dirigimos y no sólo a algunos privilegiados, a los héroes que las condiciones de la vida o los talentos extraordinarios predestinan y preparan a especiales y espléndidas misiones. A todos vosotros sin excepción Nos decimos que podéis mucho. Para eso no es necesario salir del recinto de vuestras amistades, de vuestras relaciones y oficio, oficina, trabajo y fatiga, en que continuamente pasáis por lo regular vuestra jornada; ni es necesario que hagáis cosas grandes ni extraordinarias por encima y además de vuestros deberes de estado, sino que dentro de los límites del cumplimiento de vuestro deber, por humilde que sea, todos vosotros podéis en el ambiente social en que os ha colocado la Providencia ejercitar un verdadero y fecundo apostolado. Esta sí que es la verdadera acción de los hombres católicos proclamada por nuestro inolvidable predecesor Pío XI."

"La labor, no lo disimulemos, es inmensa y variada; como inmensa ofrece amplio campo a toda buena voluntad, como variada se presta a todas las actitudes. Pero su amplitud, que tal vez atemorizará y desalentará a los pusilánimes, enardecerá en cambio el fervor de las almas generosas como sois vosotros; vosotros, que habéis ya combatido y vencido en buena liza; y os hacéis cargo de lo mucho que todavía queda por hacer, multiplicando y organizando en cada región y ciudad vuestra cohorte según un plan bien pensado, una acción bien concebida, un trabajo bien repartido."

Patentizase con esto que aunque la labor de los Hombres de Acción Católica es inmensa y variada, la actuación que dentro de nuestra Obra debe realizar cada uno a nadie puede arredrar. Ejercitarán el apostolado de la palabra los que tengan más tiempo, los de mayor vocación, los que reúnan mejores condiciones. Pero todos los buenos católicos pueden actuar eficazmente con eficacia notoria contando con el auxilio de Dios, porque no es sólo el apostolado de la palabra el que se ha de ejercer, sino el apostolado de la oración y el apostolado del ejemplo en la familia, en la vida profesional y en ese mundo externo, inmenso, en que, como el Romano Pontífice dice, se encuentran todas las edades, todas las condiciones, todos los caracteres y a un mismo tiempo todos los valores y todas las bajezas, todas las virtudes y todos los vicios.

Los hombres católicos no deben arriesgarse, porque es un deber suyo la lucha y, acudiendo al llamamiento de la Jerarquía, deben formar en las huestas de Acción Católica. Nadie sienta débiles sus fuerzas; y a quien hable de su debilidad recordadle esas palabras con que termino, también de Su Santidad Pío XII: "La conciencia de la debilidad de vuestras fuerzas no sea la timidez del profeta Jeremías, que al llamamiento de Dios respondía balbuciendo con-

fusamente: "¡Ah!, Señor Dios, mira que no sé hablar porque soy un niño."

He dicho.

Observaciones

Don Alberto MARTIN ARTAJO: Son tan sugestivas las consideraciones que hace el señor Tornos acerca de la Acción Católica y en particular sobre la incorporación de los hombres a la Rama respectiva, que creo yo que está en el ánimo de todos que si hiciéramos observaciones al tema convertiríamos fácilmente este Círculo de Estudios en una asamblea de Acción Católica.

Yo me voy a permitir decir unas palabras acerca de un punto que nos ha propuesto a la consideración de los circullistas, a saber: ¿Cuál debe ser el deber de acción católica del común de los hombres? Es cierto, como decía el presidente de la Rama de Hombres de Acción Católica, que los llamados a la Acción Católica están especialmente obligados por su vocación a moverse, sea en puestos directivos o en cargos que ocupan muchas horas al día; son también los menos los que tengan cualidades para desarrollar una campaña de propaganda oral o los que se ven llamados a escribir y serán los más los que solamente tienen la obligación de apuntarse y de saber las obligaciones que lleva ello consigo. También es cierto que sabemos que al vincularse a un Centro determinado, que es la primera obligación de toda persona que quiere entrar en Acción Católica, ya por ese solo hecho queda obligado a determinados deberes; por ejemplo, a cumplir la práctica de la piedad que el Centro les imponga, asistencia a Círculos de Estudios. Los que no van a poder vincularse ni a un Secretariado de Caridad para hacer obra de beneficencia parroquial ni a una escuela de formación de trabajadores en la parroquia ni a ninguna de estas otras entidades distintas que funcionan dentro de la Acción Católica, pero que quieren comportarse como hombres de Acción Católica—y ya lo ha dicho muy bien el señor Tornos—orden a su hogar, en sus oficinas, en su taller, en sus relaciones sociales, ¿qué harán? A mí me parece, repito, que las ideas están claras y que acaso lo que nos falten sean fórmulas concisas que hacer públicas, bien en forma de hojitas de propaganda, etc. Recuerdo a este respecto que en una de las primeras Asambleas, acaso en la primera, de los Hombres de Acción Católica se redactaron unas conclusiones que se imprimieron en unas hojitas, a mi juicio maravillosamente inspiradas, en las cuales se formulaban estas obligaciones. Luego yo no las he vuelto a ver y creo que ya no circulan. Pero creo que serían interesantísimas como elemento de propaganda y que servirían para captar a toda esa multitud de gente de buena voluntad que no acaba de entrar en la Acción Católica por no tener compromisos.

Don Fernando MARTIN-SANCHEZ JULIA: Correspondo al elogio excesivo que el señor Tornos ha hecho de la Asociación. La Asociación aprobó en la Asamblea de Loyola, en los inicios de la Rama de Hombres de Acción Católica, una conclusión ordenando a todos los Centros de propagandistas que contribuyeran a la formación de la Rama de Hombres de Acción Católica. Y efectivamente, ahora mi mente está paseándose recorriendo la geografía y encontrando en todas las ciudades en que hay un Centro floreciente de pro-

Apertura de curso en el Centro de Estudios Universitarios

BRILLANTE DISERTACION DEL PROFESOR GARCIA VALCARCEL

Discursos de Isidoro Martín, del director general de Enseñanza Media y del Sr. Obispo de Astorga

El Centro de Estudios Universitarios ha inaugurado el curso académico 1943-44 con un acto que tuvo lugar en el salón de conferencias de dicho Centro.

La presidencia estuvo integrada por el excelentísimo y reverendísimo don Jesús Mérida Pérez, Obispo de Astorga y rector de la Universidad de Murcia; el ilustrísimo señor director general de Enseñanza Media, don Luis Ortiz Muñoz, en representación del ministro de Educación Nacional; el rector de la Universidad de Oviedo, don Sabino Alvarez Gendín; el presidente del Consejo del C. E. U., don Fernando Martín-Sánchez Juliá; el rector del C. E. U., don Isidoro Martín; el catedrático de la Universidad Central y ex director de los Registros, don Ignacio de Casso, y el secretario del Consejo del C. E. U., don Urbano Domínguez.

Don Isidoro Martín, rector del C. E. U., dirigió unas palabras a los numerosos asistentes que llenaban el salón, entre los que figuraban los profesores del C. E. U. y muchos alumnos. Agradeció la presencia del Obispo de Astorga y del director general de Enseñanza Media, añadiendo que la asistencia de ambas autoridades en este acto significaba el reconocimiento de la obra que el C. E. U. modesta y calladamente realiza en favor de la Universidad española. En el Colegio Mayor de San Pablo—que esperamos sea una realidad—trataremos de realizar una obra de educación de un grupo selecto de jóvenes y además una labor entre los futuros catedráticos del C. E. U. "El C. E. U.—dijo—puede ser un núcleo de vanguardia de trabajo, de labor fecunda, en la formación de futuros catedráticos con un concepto sólidamente cristiano de la vida. En el curso que ahora se inaugura el C. E. U. comenzará con una labor de estudio en la que los profesores del mismo serán alumnos de estudios de Filosofía elemental, Teología fundamental, para que pueda llevar a los catedráticos una visión exacta de su labor docente con sentido cristiano."

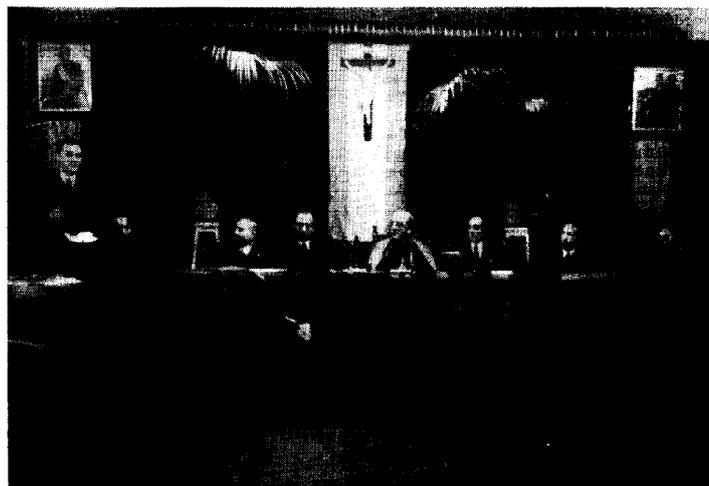
El secretario general de C. E. U. don Urbano Domínguez, leyó la memoria del curso anterior, en la que se reseñaba la excelente labor realizada por el Centro.

A continuación el abogado del Estado y profesor del C. E. U. don Jesús García Valcárcel pronunció el discurso inaugural sobre el tema "La personalidad de la administración basada en la filosofía cristiana". En su brillante disertación hizo ver cómo toda la filosofía tomista sobre la personalidad debe ser el fundamento para construir cualquier personalidad colectiva o social y, por tanto, la personalidad de la Administración, destacando el hecho de que dentro de esta orientación católica deba prevalecer una descentralización admi-

nistrativa, unos servicios públicos que no supongan menosprecio del bien, en el que debe poder colaborar toda la sociedad; una necesidad de someter la máquina del Estado a un control jurisdiccional no sólo aplicable a la potestad reglada, sino a normas generales claras, garantizando que no podrán darse reglamentos ni órdenes ilegales ni formularse actos administrativos que caigan fuera del fin de la personalidad administrativa.

Seguidamente el director general de Enseñanza Media y Universitaria pronunció unas breves palabras, en primer lugar para transmitir el saludo del ministro de Educación Nacional y manifestar que el ministro sigue día a día atentamente la labor del C. E. U. en el doble aspecto de proporcionar estudiantes a la Universidad española y en la tarea de perfeccionarlos más. Señaló que del C. E. U. han salido magníficos profesores que hoy día están llenando las Facultades universitarias, y en el aspecto escolar también el C. E. U. va madurando poco a poco, hasta que cristalice en la feliz iniciativa del Colegio Mayor de San Pablo. Prometió que para el curso próximo funcionará dicho Colegio y terminó exhortando a los componentes del C. E. U. al ímpetu y duro ejercicio diario de la formación humana, de la formación total, que abarca en primer lugar el espíritu sobrenatural, que encierra también el ambicioso empeño para la formación científica, sin descuidar aquellas cosas que contribuyen a crear un hombre completo al servicio de Dios y de la Patria. Cerró el acto el excelentísimo y re-

verendísimo señor Obispo de Astorga, que saludó a todos los asistentes y pronunció unas palabras para manifestar la íntima satisfacción que experimentaba al tener el honor de presidir el acto por una amable benevolencia del director general de Enseñanza Media, satisfacción que sentía por doble título: como Prelado y como universitario. "porque como Prelado—dijo—no puedo menos de ver con complacencia esta obra de formación integral y auténticamente cristiana, y como universitario no es de hoy mi simpatía fervorosa hacia este Centro de Estudios, que nació, es verdad, al margen de la Universidad, pero fué precisamente para recoger el espíritu auténticamente universitario que había salido de aquella Universidad que renegó de su elevada misión; por eso no es de extrañar que, renovada hoy la Universidad con el noble afán de enlazar con nuestra Universidad imperial bajo el signo glorioso de nuestro Caudillo, que Dios ha dado a España como espléndido regalo, el C. E. U. trate de integrarse totalmente en la vida universitaria con toda sinceridad para colaborar en la ingente tarea de la recristianización de la cultura que se ha impuesto la España de Franco, esta España que está llamada a ser la reserva espiritual en este mundo desquiciado, en que una ola de demencia colectiva amenaza con hacer tibia rasa de luz los valores morales y religiosos que constituyen la civilización cristiana, es decir, la única civilización verdadera". "Quiera Dios—continuó el señor Obispo—bendecir esta obra para que siga, como hasta aquí, laborando con espíritu apostólico por el engrandecimiento cultural de nuestra Patria, y para que sea así, en nombre de Dios, para bien de la Iglesia y de España, de claro abierto el curso académico". Y terminó dando la bendición a todos los asistentes.



El señor Obispo de Astorga, el director general de Enseñanza Media, don Luis Ortiz, y los señores Martín-Sánchez, Casso, Alvarez Gendín, Martín (I.) y Domínguez presidiendo la inauguración de Curso en el C. E. U.